

nación en el concejo de Castropol, la que, más tarde, extendió á su distrito, y, para evitar enojosas censuras y recriminaciones, nos limitamos á consignar, aunque sucintamente, los hechos apuntados, dejando al buen juicio de los lectores la crítica y comentarios que de ellos se desprenden.

II

Los pueblos y los hombres podrán desaparecer y sucumbir por la acción del tiempo y de la fuerza material; pero los ideales y aspiraciones de la humanidad á su perfeccionamiento y á la civilización y progreso, basados en la libertad, en la emancipación y en los inmanentes derechos de los hombres, no mueren, no prevalecen y prevalecerán hasta la consumación de los siglos. Así la Historia nos enseña que en las luchas incansables entre la acción ó evolución y la reacción, de la libertad con la opresión, y de la justicia contra la arbitrariedad y el despotismo, después de transcurridos siglos y siglos de hecatombes, exterminios y mártires, llegaron á merecer la sanción universal aquellos principios y doctrinas, ó sean los del verdadero cristianismo.

No lo dudeis, habitantes del distrito de Castropol, si el odioso y abominable caciquismo nos tuvo hasta ahora convertidos en despreciables parias y vasallos, á aquella ignominiosa situación sucederá nuestra regeneración, nuestra dignificación.

La Providencia dispuso que un hijo de este distrito lograse con su prodigiosa laboriosidad, inteligencia y honradez irreprochable, adquirir posición independiente, prestigios, simpatías y hasta la admiración de cuantos le conocen por su caballerosidad, por su filantropía y por su entrañable cariño á su país natal. Y por Ella ha sido designado, indudablemente, para que sea nuestro paladín, nuestro caudillo, en la lucha que sostenemos por nuestros derechos, por nuestro honor y hasta por nuestro decoro.

Elegir y emitir nuestros votos á favor de D. Vicente Lorient y Acevedo para diputado á Cortes por el distrito de Castropol, es un sagrado deber al que solamente pueden faltar los que no son buenos y leales hijos de esta bendita y querida tierra en que hemos nacido.

L.

El Eco de Occidente dice que es de concha el bastón de D. Paco. ¡Mentira!

El de Maseda, si lo es.

Porque todo lo de D. Eloy es de concha.

¡Qué mal os veis!

Creíamos nosotros, y creían ellos también, que si D. Benito Castro había tenido en Castropol un recibimiento tan frío como el que tuvo, el de la Vega, en cambio, le indemnizaría de aquella mala impresión, y unos y otros nos equivocamos. En Vega de Ribadeo, según lo que de allí nos escriben, salía, como aquí, la gente á las puertas; pero nada de acompañar al candidato á su paso por las calles, nada de aclamaciones, ningún ¡viva! á D. Benito, ni á D. Everardo, ni siquiera al Sr. Cura párroco. Si algún calor había en tal recibimiento sería el producido por la pólvora, y muy arriba, allá cerca de las nubes, pero lo que es en el suelo..... nada. Por los suelos solo estaban los Villamil y su entrañable enemigo el Sr. Castro.

Y no es que nosotros queramos decir con esto que «toda la Vega es nuestra», como ellos suelen decir de otros sitios en los que apenas tienen media docena de votos; no, nosotros decimos siempre la verdad, y nunca nos hacemos ilusiones sin una probada base para ello. Creemos que en la Vega tiene D. Everardo Villamil mucha más votación que nosotros, no por afecto á él, sino por miedo; pero si á pesar de ello no hay una sola docena de personas que aclamen á su jefe político ni al candidato *invencible*, como dice el Sr. Pidal, que les promete tantas tonterías, ¿cabe pensar, siquiera por un momento, que es indiscutible el triunfo del Sr. Castro? ¡Indiscutible! ¡Qué más quisieran!

Por si lo de Tapia, lo de Castropol, y lo inesperado de la Vega, fuera débil muestra de lo indiferente que al país le resultan las visitas del Sr. Castro, ahí está Taramundi que no nos dejará mentir. Este concejo, abandonado más aún que los de la ribera, al igual de sus hermanos Villanueva y San Tirso y Boal, de los cuales nunca se acordó D. Everardo más que para hacer sentir en ellos su maldita política de venganza y pequeñez, recibió al Sr. Castro y á su introductor el mayor de los Villamil, no solo con indiferencia sino con hostilidad. Y no sirve que el órgano de la poca vergüenza, *El Eco de Occidente*, diga lo que seguramente dirá, que el recibimiento fué entusiasta, para que al Sr. Castro se le borre fácilmente la mala impresión que trajo de la montaña, igual á la que á la montaña llevó de la ribera.

Ahora, ya podeis decir que lo tenéis todo ganado, que á nosotros nos es igual y á los electores también. Las urnas lo decidirán muy pronto, y entretanto seguid mintiendo que con eso no conseguireis nada.

En la Vega tuvo Benito un recibimiento sin gente, pero con cohetes de silbato.

Creímos que estaba ya bien de su lesión; pero, al parecer, le sigue la mala pata.

Lo que vino siendo el distrito de Castropol hasta aquí

Habiendo renunciado D. Dionisio Pinedo el cargo de diputado á Cortes por este distrito, fué elegido en lugar suyo, D. Julián Zugasti por imposición del Ministerio Sagasta.

Disgustados con aquél los que le habían elegido, constituyeron en Castropol un comité pidalino, pensando ya en futuras eventualidades.

Hubo unos años en que D. Alejandro Pidal tuvo revuelto su distrito de Villaviciosa, cosa que, según se decía, fomentaba D. Francisco Romero Robledo.

Tenía en cierta ocasión acordado un Gobierno conservador que Pidal fuese presidente del Congreso, pero como para eso es menester tener acta limpia, se sospechaba que la del gran mestizo pudiese contener alguna protesta, ¿qué se hizo entonces para obviar la posible dificultad? Cubrir las actas de este distrito, con el nombre de D. Alejandro.

Hecho ya ésto, se supo que en Villaviciosa no había pasado nada, y entonces se rompieron las actas y extendieron otras á favor de D. Bernardo Carvajal.

Cuando por muerte del mismo quedó vacante el

distrito de Castropol, se nos trajo aquí al conde de Toreno, que, particularmente, podrá ser todo lo honorable que se quiera, pero que como político ha resultado una desdicha en todas partes.

Venía echado de Cangas de Tineo, no obstante tener allí suntuoso palacio y un patrimonio de importancia, y tratarse de un distrito que había representado su padre con aceptación de todos los cangueses.

En Castropol hizo el conde el mismo desgraciado papel que en Cangas de Tineo durante los 10 ó 11 años que nos representó en el Congreso de los diputados. Su paso por el Parlamento ha sido totalmente infructuoso para el distrito. De no haber surgido el potente movimiento operado entre nosotros, probablemente seguiría representándonos el conde de Toreno, y tendría D. Benito Castro que retirar su candidatura para mejor ocasión.

Esto por lo que respecta á diputados á Cortes. En cuanto á diputados provinciales, no hemos estado mejor. Basta poner como muestra á Muñiz y á los Coronas que han representado al distrito de Luarca-Castropol, á pesar de no tener en él absolutamente nada, y de ser por completo desconocidos entre nosotros.

¿Qué quiere decir todo esto? Que del distrito de Castropol se ha venido disponiendo para refugio de cuneros, que como nada debían á este país, nada tampoco les importaba su suerte.

Si acaso, su único cuidado se reduciría á tener contento al Santón de la Vega, no para servir por conducto suyo al distrito, sino para que las conveniencias particulares de D. Everardo estuviesen mejor atendidas.

¿Cómo los pueblos que tan cansados venían del olvido y postergación en que eran tenidos, no han de mirar con marcada simpatía la candidatura de D. Vicente Lorient, que viene á dar al traste con la nefanda política imperante hasta ahora?

Razón tienen al abrir el pecho á la esperanza, pues el triunfo de D. Benito Castro nada bueno podría aportarnos, porque sería la continuación del estado lastimoso á que venimos sometidos desde hace bastantes años.

¡Está tan identificado con nuestros opresores, los que nunca han pensado más que en sí!

El pueblo de Castropol no podrá olvidar jamás el sangriento bofetón que se le acaba de dar con el nombramiento de Eloy Maseda para alcalde.

El baldón es aún mayor para el que ha trabajado semejante afrenta.

El Eco de Occidente nos da por muertos.

Nada, que le pasa lo que á aquél á quien un bravo de mal genio tiró á un pozo, y decía cuando estaba á punto de ahogarse:—Si me sacas de aquí, te perdono la vida.

¡Te equivocaste, malandrin!

El Eco de Occidente en su último número publica un suelto bajo el título *Indisculpable error*, en el cual atribuye las correspondencias de Vega de Ribadeo, firmadas bajo el pseudónimo de *Antón del Foxo*, á una persona de esta villa, y cita al caso un precepto de un filósofo del siglo XVII, precepto en el cual debiera inspirarse su autor antes de brindárselo á *Antón del Foxo*.

Si alguno tiene la epidermis tan fina (aunque la presente muy dura en otras ocasiones) que le haya mo-

lestado lo que afirmaba nuestro colaborador *del Foxo* en su correspondencia fecha 16 de Marzo, acérquese á nuestra Redacción y le diremos quien es el que escribe bajo ese pseudónimo, que aquí no se oculta nada, ni nuestro periódico es anónimo como ese papel asqueroso que ellos publican.

Y en cuanto á los epítetos que el lacayo que escribió el tal suelto pretende arrojar sobre el que supone autor de las aludidas cartas, guárdelos para sí, que son su único patrimonio y es en vano que intente despojarse de ellos para ofrendarlos á quien está á muy distinto nivel social de él. «Cada oveja con su pareja», dice el refrán.

Por hoy tampoco decimos más; pero pasados estos días de trajín electoral, prometemos ocuparnos otra vez de este asunto con más calma, para solaz y recreo de nuestros lectores.

Ya veremos si son más perfectas las víboras de la marina ó las de la montaña.

Dice Balbino que Benito Castro cuenta ya con los volos de la casa de Martínez Bengoechea.

¡Limpiate, que estás de huevo! Perdona, por Dios, hermano; por esta vez no puede ser.

¡COMEDIANTES!

El miedo horrible que se apoderó de los conservadores les hace convertirse en histriones, dando fin á su vida política en este distrito de la manera más ridícula que nadie pudiera imaginarse.

Ellos desahuciados de todas partes, sin esperanza alguna de salvación, agotados todos los recursos de la ciencia oficial, publican en ese inmundo papel que titulan *El Eco de Occidente* la esquela de defunción nuestra, cuando precisamente gozamos de una vida pletórica, cuando la sangre del partido independiente circula á borbotones, sin obstáculo, con entera libertad, por las arterias de Villanueva, San Tirso y Taramundi.

¡Farsantes! ¡Embusteros! ¡Embaucadores!

Ellos son los que están en la agonía, los que pasean el cadaver pidalino, putrefacto ya, por los pueblos del distrito y del cual huyen con horror todos.

Han hecho su propia esquela de defunción, y nosotros, Dios mediante, el día 8 de Mayo les haremos el funeral.

El tránsito de D. Benito Castro no puede ser más horripilante: en Tapia le desprecian, en Castropol entra y sale en medio de la mayor indiferencia, en La Vega solo una turba de chiquillos, impulsados por no sabemos quien, le aclama, y en Taramundi, despues de hacerle abrumadores cargos aquel vecindario por el abandono en que le tuvieron durante treinta años, lo despiden con cajas destempladas.

En cambio, nuestro candidato D. Vicente Lorient es aclamado en todas partes, aún allí donde no se esperaba, donde se va ahora por primera vez, porque saben que en su candidatura no va envuelta doblez alguna, que su propósito es ser diputado por el distrito y para el distrito, sin amaños ni compromisos personales.

Su triunfo será completo, podemos ya asegurarlo, digan lo que quieran los embaucadores y embusteros de *El Eco de Occidente*, y Maseda no será alcalde más tiempo que el que tarden las Cortes en reunirse, y los

carteros volverán á ser los mismos que eran antes del encasillado del Sr. Castro.

Electores, ojo, mucho ojo; no os dejéis engañar de esos desalmados que bastante tiempo os engañaron con falsas promesas. Díganlo sino Villanueva y Taramundi con sus ansiados caminos; dígalo La Caridad con su carretera de Viavélez á Rozadas, y dígalo Castropol, la capital del distrito, con su salvadora carretera de la Punta á Illano.

Promesas y nada más que promesas hicieron esos explotadores de la política durante el tiempo que los consentimos, y aún hoy pretenden seguir engañando con fantásticas ofertas.

No les creáis, que los muertos son ellos. D. Vicente Lorient, pese á quien pese, y digan lo que digan esos comediantes, será el diputado por Castropol, y el que ponga el sello al panteón de la política pidalina en el distrito.

¡Viva D. Vicente Lorient!

A los aldeanos que fueron á casa de don Everardo á visitar á Benito, no los mandaron subir, y les bajaron el café al portal.

Eso no está bien, aunque se tenga un cho-po genealógico—del cual nos reimos todos—colgado en el pasillo.

DEL PARTIDO

Vega de Ribadeo

LA NOCHE DEL SÁBADO

EL HORÓSCOPO

Escogida la fecha del veintitrés, por ser sábado, día cabalístico y día de mercado en Vega de Ribadeo, se anunció con gruesos palenques por la mañana que al atardecer entraría el pequeño Benito,—chico en grande—diputado presunto por Vega de Ribadeo.

Se obligó á quedar á Puga y á Fermín, y los del Municipio fueron reuniendo la golfemia para hacer bul-to; todo á cuenta de la elección, con cargo al fondo de reptiles y presupuesto de imprevistos, pues nunca había pasado esto con Toreno, y se gastaron 150 pesetas en ensayos, con caña y sin caña.

Y partió un automóvil de la viuda de Ochoa conduciendo á la comisión presidida por el galgo del Novaledo, que al decir de su cuñado iba *retrechero* de puro guapo, compuesta de los consabidos contertulios en trajes domingueros, con la importante intrusión de *Berrugo de Piñera* vestido de seda.

A la caída de la tarde regresaba el auto con la *preciosa* carga, y previos avisos de cohetes (á cuenta de imprevistos y calamidades,) entró en su capital con su acompañamiento el diputado *casi electo* por Vega de Ribadeo.

El buen pueblo de la Vega permaneció impasible y ni aún curiosidad mostró por conocer en calidad de *cándido candidato* al ya conocido Benitín. ¡Tanto fía en sus promesas! y sobre todo ¡tanto cree en su recomendante, el popular y desinteresado Everardo!

La comisión castropolense, *muy nutrida*, que siguió á la comitiva, esperando consolarse y encontrar la Vega ardiendo en fiestas y júbilo para recibir al taumaturgo, transportador del Juzgado de primera instancia, quedó

helada al ver que absolutamente en lo más mínimo se había conmovido el buen pueblo por el arribo del de Cartavio, é inmediatamente regresaron al Peñón tristes y descorazonados comprendiendo lo que vá á pasar el 8 de Mayo, vista tanta indeferencia notoria y tanta hostilidad latente en la capital del everardismo.

Cerró la noche, y la gente paseando en la Alameda, cortejando las parejas á los acordes de la banda, observaba que nadie de significación traspasaba los umbrales del hospedaje del *presunto* padre de la patria, mientras se corría de boca en boca el paso desairado que habían hecho en Castropol al *futuro* diputado por Vegadeo y á su acompañamiento, incluso al impopular *Berrugo*.

Cenaron los del séquito—entre preces—y trascuriendo el precioso día de labor—sin labor—pero con trabajos, quedaron á solas (mientras Leandro roncaba) Everardo y Benito, Benito y Everardo, y á falta de ideas que cambiar cogió éste una baraja y comenzó un triste solitario.

El de Cartavio seguía maquinalmente las cartas balbuceando:—Oros, copas, oros; copas, otra vez. ¡Oh, qué idea, Everardo, claramente lo dicen las cartas! Con oros y copas ganaremos la elección ¿De dónde con mil... sacaremos los oros?

—No, no dicen eso, repuso Everardo, lo que dicen es que averigüemos nuestro horóscopo; marchemos, vamos á ver á Clara de Rueda.

Dicho y hecho; sobre las trotonas municipales llegaron dos horas después frente á la casa de Clara, en las Campas de Piñera.

¡Oh, que no sepa esto el *Berrugo*!, dijo al chico el grande—facha de murciélago—y ambos, según rito, saltaron la amurallada residencia que no tiene portillo accesible.

Baló un cabrón; saltó, erizado el pelo, un negro gato y una lechuza avisó con gutural silbo la presencia de los clientes de la hechicera, que velaba escoba al brazo cerca del hogar con todos los avíos dispuestos para su oficio.

Franqueada la entrada se prosternaron á una el cación y el ungido de Pidal, y con las frentes en el suelo suplicaron á Clara les revelase el porvenir.

—Sea,—dijo la adivina.—¿Qué quieres saber?—preguntó al larguirucho.

Y él contestó:—Quiero saber si seré ó no seré.

—Venga la mano, dijo ella; se la dió, y la arúspice, dando terrible salto hacia atrás, grito: ¡Ay que uñas! Repuesta, díjoles: Tu tiempo pasó, quien contigo es, no será contigo, ¿entiendes?

—Y tú, gracioso cojo ¿qué quieres averiguar?

—¿Seré ó no seré? contestó.

—Dame la patita, dice ella. La coge y la examina por los juanetes, contestando ligera. Tu sino es contrario al de Romanones, pero otros tiempos vendrán para tí, si es que dejas las malas compañías (y esto lo dijo Clara mirando al larguirucho que, entre tanto, ya indiferente á la suerte del pequeño compañero, examinaba matraces y retortas y un esqueleto de camaleón que se le parecía tal como él se conocía en sus abusos de espejo y tocador.

Salieron á punto que empezaba el aquelarre en las Campas y meditando, volvieron á la Vega con propósito de madrugar y oír misa con toda devoción en San Tirso de Abres y tocar la piedra milagrosa.

EL MEIGO

Vega de Ribadeo 26 de Abril de 1910.

Imprenta del CASTROPOL.